

## La estela decorada de Montemayor (Córdoba)

### Introducción

Hace ya un siglo que fue publicado el primer ejemplar de "estela decorada del Suroeste" (Roso de Luna 1898), que es la denominación comúnmente aceptada desde Almagro Basch (1966) para este tipo de monolitos grabados. En estos cien años, y sobre todo en las tres últimas décadas, el número de estelas se ha incrementado considerablemente, de manera que en la actualidad, después de la publicación de los últimos ejemplares (Murillo 1994; Tejera y otros 1995; Martín 1995), el número actual debe aproximarse, si no hay errores de cálculo, a los ochenta y cinco<sup>1</sup>.

Este incremento de la documentación arqueológica se ha acompañado sólo recientemente de una renovación en las preguntas y respuestas sobre estos monumentos, evolucionando éstas desde una preocupación, quizás excesiva, por los objetos representados o por cuestiones puramente tipológicas y analógicas, de funcionalidad o de dispersión geográfica, hasta su contextualización en la sociedad que supuestamente los produjo y utilizó, y, en una perspectiva más ambiciosa, su inclusión en un proceso histórico determinado (Bendala 1977; Barceló 1989 y 1993; Celestino 1990 y 1998; Galán 1993).

Las estelas decoradas de Suroeste se han convertido en cierta manera en el tema estrella de los estudios protohistóricos de la Península Ibérica desde hace bastantes años, a lo que ha contribuido curiosamente su discutida relación con otro tema-estrella, Tartessos, y un cierto misterio que las envuelve, como la ausencia de contextos arqueológi-

EDUARDO FERRER ALBELDA

Universidad de Sevilla

cos datables<sup>2</sup> o el esquematismo de sus representaciones, motivos por los cuales todo aquel que haya escrito sobre Protohistoria peninsular, aunque sólo sea tangencialmente, ha hecho algún tipo de referencia a ellas.

Las consecuencias más evidentes de todo este galimatías son, por un lado, la proliferación de trabajos específicos

hasta proporciones inabarcables (Celestino 1990: 49; Galán 1993: 83 ss.) y, por otro, la conversión de las estelas en un tema manido. De ellas se ha dicho casi todo, lo probable y lo posible, lo improbable y lo imposible, de manera que cualquier nuevo acercamiento a la problemática de las estelas está condenado a la síntesis, a la repetición o al disparate, y, hoy por hoy, sólo el hallazgo de nuevos ejemplares puede justificar una nueva aproximación al tema.

Este es nuestro caso. El hallazgo en Montemayor (Córdoba) de una nueva estela grabada que reúne las características de las denominadas estelas del Suroeste, en concreto de las estelas de guerrero (fig. 1; láms. I, II y III), nos ha movido a presentar el nuevo ejemplar y a hacer un par de reflexiones.

La primera característica que cumple la estela de Montemayor con respecto a la homogeneidad del conjunto es la de las circunstancias del hallazgo, como en tantos casos, debido a las labores agrícolas. Se halló en las cercanías de una venta, junto a la carretera nacional Córdoba-Málaga, poco antes de su paso por Montemayor. La piedra fue trasladada a un vertedero cercano a la población, y allí fue identificada y recogida por un particular que la conserva en su domicilio.

Se trata de una losa de piedra arenisca de forma trapezoidal con las esquinas redondeadas y, en comparación con otras, de pequeño tamaño; sus medidas son: 93 cms. de longitud, 58 cms. de anchura en la parte superior y 48 cms. en la inferior, y un grosor máximo de 21'5 cms. y mínimo de 6 cms. La parte inferior de la losa ha sufrido una rotura en



Lám. I. Estela de Montemayor (Foto R. Carmona Ávila).

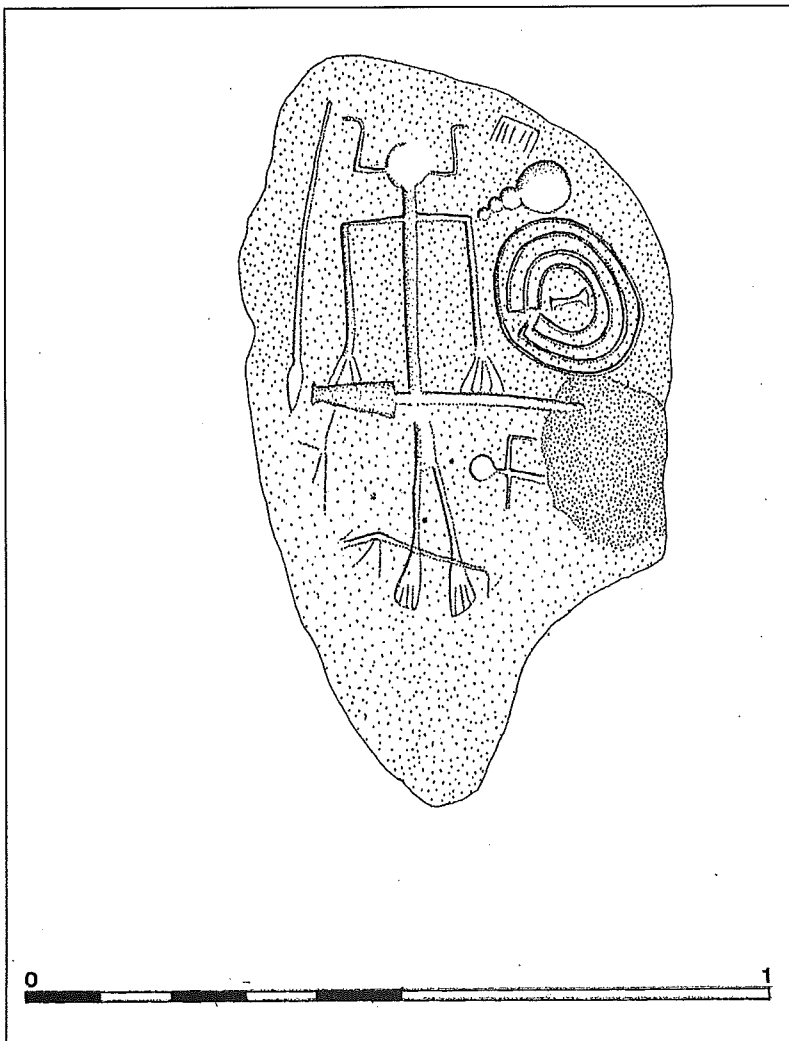


Fig. 1. *Estela de Montemayor (Córdoba)*.

el ángulo inferior izquierdo, con posterioridad a su decoración y utilización, dando lugar a un apéndice apuntado de forma casi triangular que puede parecer en un principio el característico resalte para ser hincada en la tierra. Sin embargo, como hemos dicho *supra*, es una rotura posterior a la elaboración del grabado.

La superficie que recibió el grabado fue devastada y alisada previamente, y los trazos grabados tienen la sección redondeada que hacen suponer el empleo de un útil de punta redondeada, metálico o, como en algunos casos, lítico (Varela y Pinho 1977: 176). Los dientes de la excavadora han ocasionado algunos desperfectos en la cara decorada, concretamente en la cabeza de la figura principal, en el escudo y en la figura secundaria, parcialmente desaparecida, aunque casi todos los elementos son reconocibles.

### Esquema compositivo de la estela

Se trata, como es sabido, de la representación de un guerrero con su panoplia y otros objetos relacionados con su indumentaria personal. La escena representada ocupa la mayor parte de la losa, quedando en reserva casi un cuarto de la misma, probablemente para ser hincada. No se ha apreciado, como ocurre en otros casos, pátina en la parte inferior ni huellas de haber estado hincada en la tierra durante un período prolongado de tiempo.

La composición del conjunto está presidida por una **figura humana** que constituye el eje compositivo del conjunto; en torno a la cual se distribuyen una serie de objetos y un personaje secundario. Como en tantos ejemplares, el grabador representó la figura humana de modo esquemático: mediante una sola línea, el tronco y las extremidades, exceptuando los pies, que están señalados con más detalle, en perspectiva,

como si la figura estuviera tumbada y vista desde arriba, con los pies perfilados y los dedos indicados. También los dedos de las manos se han señalado, los cinco de la izquierda y, aunque casi imperceptibles, al menos cuatro de la mano derecha. Podría tener el sexo indicado —como en la estela de Ervidel II (Varela y Pinho 1977: 175 fig. 4)— aunque el estado de la losa no permite asegurarlo.

La cabeza, la parte más afectada por la excavadora, sería como en otros ejemplares un simple círculo rebajado, estando tocada con un **casco de cuernos liriformes**, representados mediante dos ángulos rectos, en forma de zig-zag. Los brazos de la figura son también dos ángulos rectos dispuestos hacia abajo y terminados en los dedos que sostienen una **espada** al cinto. La representación de la espada, como la de todo el conjunto, es muy esquemática y hace difícil su identificación con objetos arqueológicos reconocibles tipológicamente, aunque es posible distinguir la hoja recta, acabada en punta, y la empuñadura, casi triangular (el puño es más estrecho en la zona proximal y se va ensanchando hacia la guarda), rematada con un pomo. Si tuviésemos que decidirnos por un paralelo concreto la emparentaríamos con la espadas de empuñadura maciza del tipo de la Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez 1995: 231, 1 y 2).

Alrededor de la figura, formando una composición con ciertas intenciones de simetría, el grabador representó otros objetos. A la izquierda del guerrero se distribuyen de mayor a menor y de abajo hacia arriba un escudo, un espejo y un peine, y a la diestra del personaje, una lanza con la punta hacia abajo. Interpretamos esta composición como simétrica porque ambos conjuntos se disponen a lo largo de la parte superior del cuerpo, desde la espada hasta los cuernos, ocupando todo el espacio de la losa. En la parte inferior sólo aparece claramente definida la figura secundaria, de un tamaño varias veces inferior a la figura principal.

El **escudo** está diseñado mediante cuatro círculos concéntricos con dos escotaduras en las líneas intermedias y una abrazadera en forma de I latina, prescindiendo del claveteado. El **espejo** muestra la cazoleta redondeada y un mango complejo rematado con tres borlas, y el **peine**, escasamente definido, presenta una sola hilera de púas, de las que son apreciables solamente seis. La **lanza** consta de un astil largo y una punta de forma foliácea.

En la parte inferior de la figura humana hay una línea incisa que cruza sus

piernas a la altura de los tobillos, y que finaliza en uno de sus extremos con otras tres líneas menores; podría tratarse de un animal, quizás un perro. También en la parte inferior derecha, debajo de la espada, hay otras incisiones difíciles de identificar. Por último, la figura secundaria está grabada a la altura de las piernas, en el eje perpendicular a la figura principal; sólomente son reconocibles la cabeza, el tronco y parte de los brazos, pues el resto se ha perdido al saltar una lasca de la losa.

### Esquema compositivo: clasificación y paralelos

El esquema compositivo de la estela de Montemayor es semejante al de otras estelas del Suroeste. Según las clasificaciones realizadas hasta la fecha se incluiría dentro del tipo IIb de Almagro Bach (1966: 198), caracterizado "por representaciones antropomórficas,... de una dispersión más alejada al mundo original y más dispersa, lo cual es ya una prueba por este dato de una mayor modernidad...". Siguiendo esta clasificación básica, podría formar parte también de los grupos IIc de Pingel (1974: 6) y IIc de Varela y Pinho (1977), con representación del difunto y otros objetos de ajuar además de armas.

Asimismo se corresponde con los rasgos básicos del tipo IIc de Almagro Gorbea (1977: 164). Según esta última ordenación, mucho más compleja y elaborada a partir de los objetos representados y su disposición, la estela de Montemayor se podría clasificar como **1C** (escudo + espada + lanza + otros elementos + figura humana), **2D** (escudo dispuesto secundariamente en relación con la figura humana), **3C** (espada cruzada sobre el difunto), y **4C** (escudo con círculo exterior sin escotadura en V y el interior con ella).

Desde el punto de vista de las agrupaciones regionales, y siguiendo nuevamente el método comparativo entre objetos representados y esquema compositivo, la estela de Montemayor sería característica del valle del Guadiana o del Guadalquivir, como en efecto ocurre, estando incluida en los grupos segundo y tercero de la cuenca del Guadiana o en el grupo andaluz (Celestino 1990: 55), con rasgos como:

- esquematismo de las representaciones
- protagonismo de la figura del guerrero
- posición secundaria de las armas, como la lanza y el escudo
- uso de cascos de cuernos
- aparición de figuras secundarias



Lám. II. *Estela de Montemayor. Detalle superior (Foto R. Carmona Ávila).*

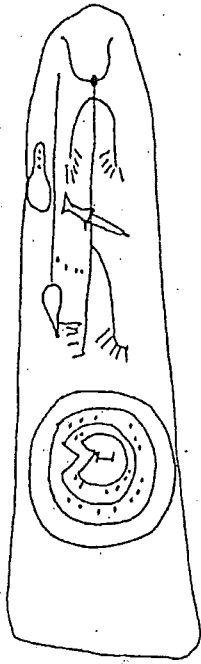


Lám. III. *Estela de Montemayor. Detalle inferior. (Foto R. Carmona Ávila).*

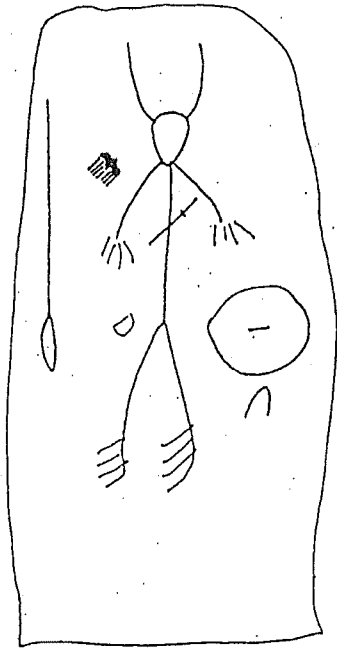
Siguiendo este método comparativo, los paralelos más cercanos los encontramos en la estela de Magacela (Badajoz), con figura de guerrero tocado con cascos de cuernos y postura similar a la de Montemayor, espada o puñal al cinto, lanza y espejo a un lado de la figura y escudo con escotadura en V debajo de la figura, posición quizás condicionada por la estrechez de la losa (fig. 2: 1); y en la estela de Esparragosa de los Lares (fig. 2: 2), con figura de guerrero con casco de cuernos, puñal o espada a ambos lados del personaje, peine y fíbula. Otras estelas que guardan semejanzas en la composición, pero con algunas variaciones en los objetos representados, son las de Fuente de Cantos (fig. 2: 3),

Torrejón del Rubio II (fig. 2: 4), Burguillos (fig. 2: 5) y Ecija II (fig. 2: 6).

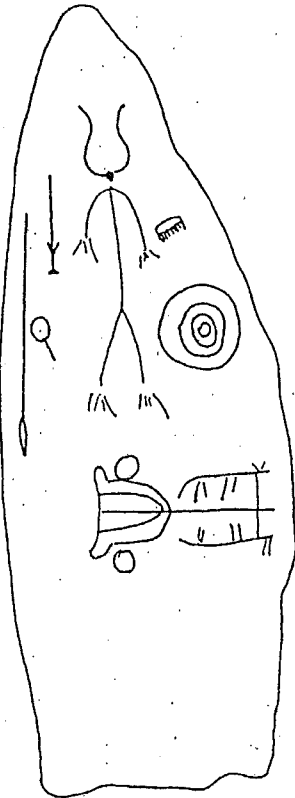
Estas clasificaciones mantienen su validez desde el punto de vista estrictamente formal y tipológico. Sin embargo, ya en los primeros ejercicios tipológicos, y hasta los estudios más recientes, se ha pretendido dotar a estos esquemas compositivos de un valor no sólo tipológico sino también geográfico, evolutivo y cronológico, de manera que "las estelas más antiguas,... pertenecen todas ellas a la clase A [escudo, espada y lanza] y se limitan a la región entre el Sistema Central y el valle del Tajo. Hay que suponer, por tanto, que esa es la región original en la que nacen las estelas" (Barceló 1989: 203), y que existe una relación entre zona-compo-



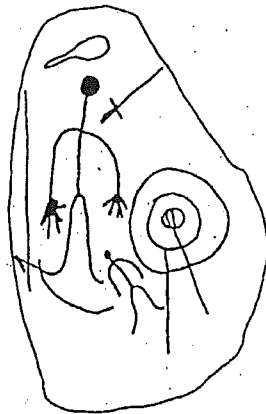
Magacela



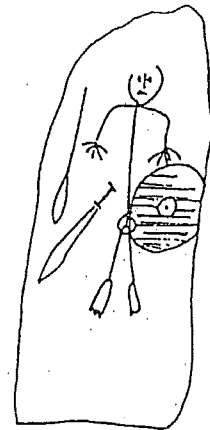
Esparragosa de los Lares



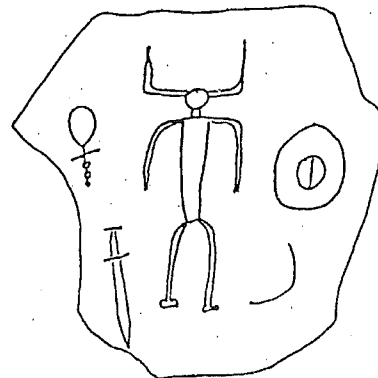
Fuente de Cantos



Burguillos



Torrejón del Rubio II



Écija II

Fig. 2. 1. Magacela; 2. Esparragosa de los Lares; 3. Fuente de Cantos; 4. Torrejón del Rubio II; 5. Burguillos; 6. Écija II.

sición-evolución, por lo que "parece claro que las primeras estelas, las básicas, debieron nacer en torno a la sierra de Gata y Montánchez, donde muy probablemente se utilizarían como tapaderas de cistas de inhumación" (Celestino 1990: 55).

Ambas afirmaciones parten de la convicción de la existencia de una evolución cronológica desde lo simple a lo complejo, desde las llamadas "estelas básicas" (escudo, lanza y espada) hasta las estelas más complejas con figuras humanas secundarias y gran variedad de objetos, una evolución paralela a la dispersión progresiva desde el núcleo original en el valle del Tajo (sierras de Gata y Montánchez) en dirección hacia el sur, hacia el valle del Guadiana y, tardíamente, al valle del Guadalquivir, "donde no se observa ningún tipo de evolución local. Las estelas aparecen plenamente conformadas y siempre con una estructura iconográfica compleja. Da la impresión como si en esta región se tratara de un fenómeno "impuesto" en un momento avanzado de su evolución" (Barceló 1989: 204).

Esta apreciación geográfica y cronológica es la base que sustenta gran parte de edificio interpretativo sobre las estelas, y es demostradamente errónea, pues entre otros aspectos, la documentación de estelas consideradas "básicas" en el Cortijo de la Vega (Morena y Muñoz 1990) y en la Ribera Alta (Murillo 1994), ambos yacimientos a orillas del Guadalquivir y en la provincia de Córdoba, así lo acreditan, y, como señala Murillo (1994: 24), "no existen criterios objetivos que permitan fundamentar la presunción de una prioridad cronológica de las estelas del denominado tipo IIA sobre las restantes...". Por tanto, es muy problemático establecer una evolución cronológica interna (Galán 1993: 48).

La complejidad compositiva del grupo andaluz es, además, ficticia, pues en él aparecen los tipos más simples representados en otras regiones, como es el caso de las estelas antes citadas de Cortijo de la Vega y Ribera Alta, características según sus esquemas compositivos de la región del Tajo, o la estela de Almargen (Málaga), perfectamente encuadrable en el grupo 3 de la cuenca del Tajo de Celestino (1990: 54), "caracterizado por la aparición de la figura humana, aunque esta inclusión no perjudica el protagonismo de las armas", de cascos de cimera, fíbulas, etc. Estrictamente hablando, más que de complejidad compositiva del grupo andaluz—complejidad que quedaría reducida a la de la estela de Ategua—habría que hablar de heterogeneidad o de ausencia de

un modelo único (o incluso de la inexistencia de grupo andaluz o del valle del Guadalquivir como tal), y de la aparición de rarezas como la estela de Setefilla.

## Discusión

Escribía Heródoto que los pilares de la Historia son la cronología y la geografía, el tiempo y el espacio, sin los cuales la Historia se transforma a menudo en mito, leyenda, en ciencia-ficción o en una reproducción de clichés polvorientos. Desde la posición del historiador de Halicarnaso nos preguntamos hasta qué punto es posible escribir la historia de las estelas—o historia con las estelas—. ¿Hay elementos objetivos que permitan insertar a las estelas del Suroeste, unos *items* arqueológicos concretos, en un proceso histórico determinado?. Creemos que sí, pero con muchas más dudas de las que realmente se admiten.

Empezemos por las coordenadas espaciales. Los mismos apellidos con los que se han distinguido las estelas indican la inexactitud y la dificultad de circunscribirlas a un espacio geográfico determinado. Se ha superado el calificativo de "extremeñas", pues no sólo aparecen en esta región, aunque es donde abundan más por ahora; y el de "tartésicas", ya que su espacio de distribución coincide sólo en una parte, y proporcionalmente menor, con el antiguo solar tartésico (Guadalquivir Bajo y Medio), no hallándose, por ejemplo, en Huelva. Y el epíteto comúnmente aceptado "del Suroeste" tampoco es del todo exacto, pues hay ejemplares que se alejan (el de Luna, en Zaragoza, y los del sur de Francia), y quedan muchas zonas vacías en ese cuadrante: las provincias de Huelva y Cádiz (no sólo la costa) y la desembocadura del Tajo (Galán 1993: 33).

La problemática se hace más compleja si introducimos el factor étnico. Las estelas ¿son productos culturales de una sola etnia, de un pueblo en expansión (Celestino 1998: 3), o se trata de un fenómeno relacionado con vías comerciales y ganaderas, y es, por tanto, pluriétnico (Galán 1993: 31)?

La cuestión de la dispersión geográfica se ha intentado solucionar sería y convincentemente a partir de la consideración de las estelas como marcadores territoriales o de recursos específicos en un paisaje caracterizado por las facilidades que ofrece para el movimiento y con una tradición vinculada a flujos ganaderos y comerciales, y en una sociedad aún no sedentarizada totalmente (Ruiz-Gálvez y Galán 1991; Ga-

lán 1993: 31).

No obstante esta hipótesis presenta demasiadas excepciones y algunos puntos oscuros, como el reducido tamaño de muchas estelas, que la harían prácticamente invisible desde una distancia corta, o la agrupación de varias estelas en un mismo espacio, considerado por algún autor como funerario (Celestino 1998: 9). Otro aspecto que interviene en contra de esta explicación es la relación entre estela y poblamiento. Según Galán (1993: 60) las estelas se localizan entre zonas donde se están consolidando formas de asentamiento permanente, sin que haya cambios en el patrón de asentamiento itinerante hasta bien entrada la Edad del Hierro (por ejemplo en Extremadura), supliendo de esta forma el papel de control territorial que tienen normalmente los asentamientos.

Por contra, la dispersión en el valle del Guadalquivir, que supone cuantitativamente más del 18% del total, parece indicar un fenómeno bien distinto; las estelas se hallan en asentamientos de primer orden ya habitados desde el Bronce Final o con anterioridad—cuando disponemos de documentación arqueológica—, posiblemente en función del núcleo habitado mismo y no necesariamente de las vías comerciales o ganaderas. Así parecen confirmarlo los casos de Montemolín (Chaves y Bandera 1982; Bandera y otros 1993), Ategua (Blanco 1983; Martín Bueno 1983), Setefilla (Aubet y otros 1983), los cuatro ejemplares de Atalaya de la Moranilla (Rodríguez y Núñez 1983-84 y 1985; Tejera y otros 1995), Montemayor—antigua *Ullia*—o Torres Alocaz (Oliva y Chasco 1976).

Con respecto a la coordenada temporal, los problemas son, si cabe, mayores. Los casos en los que las estelas se han registrado en un contexto arqueológico cerrado y datable se deben a reutilizaciones posteriores (Cancho Roano, Setefilla), de manera que las dataciones relativas hoy por hoy se siguen realizando a partir de los objetos representados en las estelas. Este método, como es lógico, ha proporcionado resultados divergentes, aunque todos los autores coinciden en situar el origen de las estelas durante el Bronce Final, entre los siglos XI a.C. (Barceló 1989: 203) y los primeros contactos fenicios con Occidente—¿siglo VIII a.C.?—(Celestino 1990: 60).

El punto más problemático es definir cuándo y porqué dejaron de grabarse y utilizarse. Unos autores datan el caso de las estelas en un momento inmediatamente anterior a la aparición de los fenicios en la Península Ibérica en el si-



glo VIII a.C. (Barceló 1989: 203; *idem* 1992; *idem* 1993), o como consecuencia de ella (Galán 1993: 79), y otros lo vinculan a las profundas transformaciones introducidas por la colonización oriental que, en lo que se refiere a los rituales funerarios, sustituirían la panoplia del guerrero característica de las estelas por otros objetos de prestigio social y factura oriental (jarrros, braserillos, quemaperfumes, etc.) a fines del siglo VII a.C. (Celestino 1990: 60). La pervivencia de las estelas durante el período orientalizante es defendida por un buen número de autores (Almagro-Gorbea 1977; Bendala 1977; Varela y Pinho 1977; Blázquez 1983 y 1986), aunque en la actualidad parecen gozar de más aceptación los que apuestan por una cronología precolonial.

En relación a este último tema queremos hacer un par de observaciones:

1) La datación de las estelas según los objetos representados exige prudencia porque, además del esquematismo de los grabados y su controvertida identificación con objetos reales, no es descartable que se graben objetos no contemporáneos a su representación figurada, es decir, que determinados tipos de objetos relacionados con lo sagrado o lo funerario siguen representándose aunque ya no se fabriquen ni se utilicen, siendo su función sacra o funeraria lo que permite que su iconografía se mantenga. Este fenómeno ha sido observado, por ejemplo, en los timaterios de bronce tanto de Oriente como de Occidente hallados en contextos arqueológicos de época arcaica (siglos VIII-VI a.C.), que son los que marcan su cronología de uso. Sin embargo, cuando estos objetos rituales dejan de ser fabricados y utilizados, se siguen representando de idéntica forma en soportes más pequeños (por ejemplo en gemas de los siglos IV-III a.C.). Su iconografía no se ha olvidado (Bandera y Ferrer 1994).

No es descartable, por tanto, la canonización y perduración de la iconografía de determinados objetos con valor sacro/funerario en las estelas, aún cuando ya no se fabriquen ni estén en uso.

2) Por otro lado, un fenómeno muy expresivo y que se pasa sistemáticamente por lo alto es la misma perduración de las armas y otros objetos del Bronce Final durante el período orientalizante. El caso más conocido, y obviado por lo incómodo, es la panoplia de guerrero hallada en un enterramiento triple de incineración de la necrópolis castulonense de Estacar de Robarinas (Blanco 1965). La tumba, un

hoyo cubierto por una gran losa, contenía tres urnas cinerarias decoradas y, entre otros elementos de ajuar, tres lanzas y sus regatones y una espada de tipo Sa Idda con los ricassos semicirculares, todos fabricados en hierro. Se ha propuesto una datación centrada en la segunda mitad del siglo VI a.C. (Bandera y Ferrer 1994b; *idem* 1995).

En este sentido, no es aventurado proponer una perduración cronológica de las estelas durante el período orientalizante si tenemos en cuenta que todavía se usan o se amortizan ajuares de guerreros que se han fabricado con una tecnología metalúrgica desconocida por las poblaciones del Bronce Final precolonial, ya que en este caso las representaciones grabadas sí serían contemporáneas a los objetos reales.

3) Un último argumento para no descartar de plano una cronología orientalizante de gran parte de las estelas es la inclusión de representaciones de carros en ellas. Sin abundar en la problemática del origen de estos carros, indistintamente atribuido a la Europa septentrional (Almagro Bach 1966: 189; Barceló 1989: 192), al ámbito egeo (Bendala 1977; Quesada 1994, al mundo fenicio (Almagro Gorbea 1977: 191; Blázquez 1986) o, difusamente, al Mediterráneo oriental (Celestino 1985: 84; Fernández-Miranda y Olmos 1986), también se suele pasar por alto que los testimonios arqueológicos más antiguos de carros en la Península Ibérica —de los que se conservan siempre los pasarriendas— se datan todos en el período orientalizante: son los casos de La Joya (Garrido y Orta 1978: 76), Peñón de la Reina (Martínez y Botella 1980: 302), Cancho Roano (Maluquer 1981: 408), Alcácer do Sal, Úbeda La Vieja, Cástulo, Museo Arqueológico de Barcelona y Colección Vives (Ferrer y Mancebo 1991: 125 ss.).

La cronología de las estelas no es, por tanto, un tema cerrado, como tampoco lo es su funcionalidad.

En conclusión, no hemos pretendido ser demasiado escépticos ni pesimistas en estas líneas; muy al contrario, en esta última década se ha avanzado mucho en la interpretación de la problemática de las estelas, sobre todo en lo que se refiere a su contextualización en una sociedad en proceso de jerarquización, uno de cuyos fenómenos más notable sería precisamente la aparición de las estelas de guerrero y de las estelas diademadas. Pero seguimos sin tener, al menos nosotros, una percepción clara de la funcionalidad de estos monumentos, de su extensa dispersión geográfica y del inicio y término de este fenómeno.

## NOTAS

(1) E. Galán (1993: 110) contabiliza 75 estelas catalogadas, 4 de adscripción dudosa, 1 grabado rupestre y 6 mencionadas en diferentes publicaciones, algunas de ellas todavía inéditas. A éstas hay que añadir las de Ribera Alta (Murillo 1994), Atalaya de la Moranilla (Tejera y otros 1995), Almargen, en Málaga (Martín 1995), la que presentamos en estas líneas, y otra cuya publicación está en preparación hallada en El Coronil (Sevilla).

(2) E. Galán (1993: 35 ss.) opina que las estelas no están decontextualizadas sino que son indicadores de recursos específicos en el medio que las rodea y señalizadores de zonas de paso, vados, caminos y zonas altas con dominio visual.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1966): **Las estelas decoradas del Suroeste**. Bibliotheca Praehistórica Hispana VIII. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): **El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura**. Biblioteca Praehistórica Hispana XIV. Madrid.
- AUBET, M.<sup>a</sup>.E. y otros (1983): "La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla)" **EAE** 122. Madrid.
- BANDERA, M.<sup>a</sup>.L. de la y otros, "Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el período orientalizante (camapañas de 1980 y 1981)" **ACC** 4, 15-48.
- BANDERA, M.<sup>a</sup>.L. de la y FERRER, E. (1994): "Thymiateria orientalizantes en bronce. Nuevas aportaciones y consideraciones" **Homenaje al Profesor Presedo**, 43-60. Sevilla.
- (1994b): "El timiaterio orientalizante de Villagarcía de la Torre (Badajoz)" **AEspA** 67, 41-61.
- (1995): "Reconstrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: ¿indicios de mestizaje?" **Kotaios** 4, 53-65.
- BARCELÓ, J.A. (1989): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica" en M.<sup>a</sup>.E. Aubet (ed.), **Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir**, 189-208. Ed. AUSA. Sabadell.
- (1992): "Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica" **TP** 49, 259-275.
- (1993): "Problemas en la interpretación del grupo andaluz de estelas decoradas del Sudoeste" **Actas del I Coloquio de Historia de Andalucía** I, 49-56. Córdoba.
- (1995): "Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico" **Tartessos 25 años después. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular**, 561-590. Jerez de la Frontera.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1965): "El ajuar de una tumba de Cástulo" **Oretania** 19. Linares.
- (1983): "Ategua" **NAH** 15, 95-135.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.<sup>a</sup>. (1983): "Las liras de las estelas hispanas de finales

de la Edad del Bronce" **AEspA** 56, 213-228.

—(1986): "La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz), y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica" **AEspA** 59, 191-198.

BENDALA GALÁN, M. (1977): "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos" **Habis** 8, 177-206.

CELESTINO PÉREZ, S. (1985): "Los carros y las estelas decoradas del Suroeste" **Homenaje a J. Cánovas Pesini**, 45-55. Badajoz.

—(1990): "Las estelas decoradas del S.W. peninsular" **La cultura tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses** 2, 45-62. Mérida.

—(1998): "Los primeros contactos orientales con el Suroeste de la Península Ibérica y la formación de Tartessos" en J.-L. Cunchillos, J.M. Galán, J.L. Zamora, S. Villanueva de Azcona (eds.), *Actas del Congreso "El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente"*. Sapanu. Publicaciones en Internet II [<http://www.labherm.filol.csic.es>].

CHAVES, F. y BANDERA, M<sup>a</sup>.L. de la (1982): "Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla)" **AEspA** 55, 137-147.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y Olmos, R. (1986): **Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica**. Madrid.

FERRER, E. y MANCEBO, J. (1991): "Nuevos elementos de carros orientalizantes en la Alta Andalucía. Algunas precisiones en torno a su función, significado y distribución" **CuPAUAM** 18, 113-148.

GALÁN DOMINGO, E. (1993): **Estelas, paisajes y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica. Complutum Extra** 3. Madrid.

GARRIDO, J.P. y ORTA, E.M<sup>a</sup>. (1978): "Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva. II" **EAE** 96. Madrid.

MALUQUER, J. (1981): **El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981**. Barcelona.

MARTÍN BUENO, M. (1983): "Primeros resultados de las excavaciones de Ategua (Córdoba)" **Homenaje al Prof. M. Almagro Basch**, 227-231.

MARTÍN RUIZ, J.A. (1995): **Catálogo documental de Los Fenicios en Andalucía**. Sevilla.

MARTÍNEZ, C. y BOTELLA, M.C. (1980): "El Peñón de la Reina. Albololuy, Almería" **EAE** 119. Madrid.

MORENA LÓPOEZ, J.A. y MUÑOZ MUÑOZ, J.F. (1990): "Nueva estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba" **Revista de Arqueología** 115, 14-15.

MURILLO REDONDO, J.F. (1994): "La estela de la Ribera Alta (Córdoba). Consideraciones en torno a las estelas decoradas con escudo, espada y lanza" **AAC** 5, 11-32.

OLIVA, D. y CHASCO, R. (1976): "Una estela funeraria con escotadura en U en la provincia de Sevilla" **TP** 33, 387-395.

PINGEL, V. (1974): "Bemerkungen zu den ritzverzierten Stele und zur Beginnenden Eisenzeit im Sudosten der Iberischen Halbinsel" **Hamburger Beiträge zur Archäologie** 4, 1-19.

QUESADASANZ, F. (199): "Datos para una filiación egea de los carros grabados en las estelas del Suroeste" **Actas del V Congreso Internacional de Estelas Funerarias**, 179-187. Soria.

RODRÍGUEZ, I. y NÚÑEZ, E. (1983-84): "Una segunda estela del Bronce Final hallada en Écija" **Pyrenae** 19-20, 289-294.

—(1985): "La tercera estela del Bronce Final hallada en Écija" **Habis** 16, 481-485.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M<sup>a</sup>.L., ed. (1995): **Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum Extra** 5. Madrid.

RUIZ-GÁLVEZ, M. y GALÁN, E. (1991): "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales" **TP** 48, 257-273.

TEJERA, A.; JORGE, S. y QUINTANA, R. (1995): "La estela IV de la Atalaya de la Moraniña" **Spal** 4, 251-255.

VARELA GOMES, M. y PINHO MONTEIRO, J. (1977): **Las estelas decoradas do Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado** **TP** 34, 165-214.